

que le separe del mundo por la muerte. Como dice San Jerónimo, las carnes pútridas deben ser cortadas, y la oveja sarnosa separada del rebaño, por temor de que toda la casa, todo el cuerpo, todo el rebaño, sean atacados por el contagio, dañados, podridos y perdidos. Arrio no fué más que una chispa en Alejandría; más por no haber sido extinguida de un solo golpe, aquella chispa inflamó el universo».

Así hablaba «el doctor angélico».

A su vez, el más ilustre Padre de la Iglesia moderna, Bossuet no habla de otro modo. No contento con impulsar la intolerancia, tomando gran parte en la *Revocación del Edicto de Nantes*, crimen irreparable que causó tantas injusticias y tantos dolores, y cuya consecuencia final, resentida aún, fué la decadencia de Francia, el «Aguila de Meaux», hizo historia imitando a San Agustín.

Se le vió a continuación, después de haber glorificado la esclavitud, sostener, contra el protestante Jurieu, que antes que Rousseau reclamaba el *contrato social*, que los pueblos no tenían derechos y sólo existían por los príncipes.

No siendo eso bastante para aquella ruda y cruel alma de sacerdote, fiel a la tradición y a la lógica, en sus *Elevaciones* y en su *Sermón sobre la unidad de la Iglesia* se hizo el apologista y el apóstol del *odium theologicum*, de la ferocidad teológica contra los impíos y los herejes.

Así fué agarrotado el pensamiento humano durante los quince siglos de la dominación católica, y así también la religión de Jesús ha pesado moral y materialmente con espantosa tiranía. Desde Constantino y Teodosio hasta el principio de la historia contemporánea, la Iglesia se arrogó altanera-mente el derecho de persecución y usó de él ampliamente.

El mundo antiguo, sobre todo el imperio romano con su disparatado Panteón, practicó la tolerancia religiosa hasta el día en que el cristianismo socavó su misma constitución política. Los cristianos tuvieron entonces

sus mártires, y esos mártires son dignos de admiración: nada más bello que sacrificarse por lo que se cree ser la verdad; pero, apenas en el poder, los perseguidos excedieron con mucho en crueldad a sus perseguidores. Las prácticas del culto pagano se convirtieron en crímenes de alta traición, que el código teodosiano castigó sin vacilar con pena de muerte; los templos, hasta los más bellos, fueron demolidos y destruídos los ídolos. Mientras que, según Gibbón, la gran persecución de Diocleciano cortó la vida a unos doscientos mil cristianos, Llorente evalúa a cincuenta mil el número de *familias* exterminadas por la Inquisición *solamente en la España continental*. En el mismo país se quemaron unas treinta y dos mil personas, porque la Iglesia *abhorret a sanguine*. Y Grocio calcula que, sólo en los Países Bajos, fueron juzgados y ejecutados cien mil herejes bajo Carlos V.

De esa manera, montando campos de carnicería y lugares de tormento, la dura intolerancia entró en las costumbres, matando en germen todos los progresos morales, hiriendo, no sólo a los herejes y los filósofos propiamente dichos, sino a los hombres de ciencia como Galileo y a los innovadores industriales como Bernardo Palissy.

Tales fueron los crímenes del absolutismo teológico, que vino, por un desarrollo lógico y natural, a unirse al ascetismo evangélico original.

Conócense los efectos antihumanos del ascetismo, su deprimente espíritu de renuncia de la vida y de la acción, aportándonos de Oriente, con la pasividad resignada en un ideal de santidad, su doctrina de mutilación y de muerte. En vista de esta santidad, objeto supremo de la existencia, era necesario, en cuanto fuera posible, ser fraile, o a lo menos regular la vida según el ideal monástico.

El monaquismo tomó enormes proporciones: San Pacomio gobernaba siete mil cenobistas; en tiempo de San